

la primordial idea, que retrae del ímprobo trabajo de deslindarla de sus repetidas y caprichosas adulteraciones. Sólo un objeto extraño al dominio de los ojos llama allí la atención poderosamente, y es el órgano, que por cierto no cuenta un siglo, cuya dulzura de sonos y riqueza de registros, bajo la diestra mano de inspirados maestros que ha contribuído sucesivamente á formar, no hay oídos que no admiren y suspendan, dilatando por el orbe su proverbial nombradía (a). Menos conocida y más propia de la índole de estas páginas reclama un lugar en ellas la preciosa cruz gótica, en que brilla el afligranado primor del arte en su apogeo del siglo xv, joya principal que guarda de sus buenos tiempos (b).

No es generalmente en las iglesias, donde ha hallado en Mahón mejor acogida el arte. Las que no nacieron en edad moderna, en ella se renovaron; y no vienen pinturas y efigies aceptables ú ornato siquiera barroco á compensar lo que les falta de venerable sello y de belleza arquitectónica. Con Santa María, hasta hace poco, no compartió los feligreses otra parroquia, sino la sufragánea de San José, que con decir que empezó por oratorio erigido en 1738 por el gremio de carpinteros, y que sirvió en ocasiones de templo protestante á los dominadores, excusa de entrar en más descripción. Á la antigua y grande de Franciscanos, hoy parroquial, lo mismo que el Carmen, llególe desde principios del pasado siglo la desdichada restauración primera, que por poco no borró las líneas de su gótica traza, hasta el punto de pasar por nueva radicalmente, y en el actual

que algo se aprovechó de lo antiguo. En un ensanche anterior se le habían incorporado ya un huerto y dos casas, por las cuales en el siglo xvi se pagaba censo.

(a) Colocóse en 1810, y subió su importe de catorce mil libras, costeado la mayor parte por su insigne párroco Dr. Gabriel Alenyar. No cuenta menos de cincuenta y dos registros.

(b) No consta en el archivo documento de su origen ó adquisición, pero por la tradición de que la regaló un obispo, que procedente del Concilio de Trento arribó al puerto de Mahón en una tormenta, puede venirse en conocimiento de la data del posesorio.

le sobrevino otra tan dispendiosa como recargada: ¿cómo hubiera de reconocer hoy á su querida fundación el austero fray Catany, á no consolarse de la desaparición de sus frailes con ver repartido el convento entre la biblioteca pública y el asilo de los pobres? Grande y desmantelada, aunque no exenta de embadurnamientos, ocupa la iglesia de Carmelitas su hoy céntrica altura, que antes caía en las afueras, donde al echar en 1750 sus cimientos apareció como en sitio privilegiado gran cantidad de monedas y urnas romanas: ya desde 1684 el mahonés fray Estrader implantó allí su orden por ensayo, después de vacilar entre el santuario de Gracia y el histórico *Puig de Santa Agueda*, y cuando otra generación trató de ampliar el propósito, puso coto por celos el gobierno británico á las vastas proporciones con que emprendieron su obra los religiosos. Aun así, no obstante, peca más de lisa y desnuda por sus dos lados que de reducida y humilde, y el convento abarca cárcel y escuelas, y está abierto al servicio público su claustro. Con más estrechez habitan en un rincón de la plaza de Ayuntamiento las únicas monjas que cuenta Mahón, fundadas en 1623 en la antigua casa rectoral por una colonia procedente de las de Sineu: titular de su diminuta iglesia es la Concepción de María, recién adoptada igualmente por otra dentro de la misma ciudad, de estilo notable por lo extraño, que recuerda su anterior destino de templo de griegos cismáticos dedicado á San Jorge, mientras á la sombra del dominio inglés establecieron allí considerable residencia; en nuestros días la ha consagrado con la nueva advocación al culto católico la piedad de la familia poseedora. Modernizándose se han conservado los oratorios, así los absorbidos por la población creciente, á saber San Antonio y la Sangre, como los que permanecen fuera, San Pedro en la marina, San Juan en la vecina huerta, que al narrar los tremendos lances de la épica reconquista denomina *plá del Verger* la crónica de Carbonell. Sólo recuerda su antigüedad, exagerándosela tal vez, el celebrado de Nuestra Señora de Gracia, cuya construcción,

que en opinión de algunos no fué la primitiva (a), tiró de 1436 á 1491, y cuya distancia del pueblo, á la sazón no corta, salvaron más adelante en ángulo dos prolongadas calles de su nombre, una de las cuales atestigua con el de *Cós* las populares carreras con que venía solemnizándose la fiesta de la Virgen. Hácese mayor hoy día la frecuencia de visitantes con la proximidad del cementerio, instalado allí desde 1815 con orden, propiedad y simétrica elegancia, punto menos que desconocidas entonces, y aun ahora después de tan generales adelantos en esta línea, dignas de ser tomadas por modelo de grave compostura y de discreta sobriedad en embellecer sin desnaturalizarla la morada de la muerte.

Osténtase sobre el puerto en toda su pulcritud y blancura la ciudad, ya cogida de soslayo en pintorescos grupos á la bajada de las cuestas, ya vista de frente á bordo de algún buque ó mejor desde la opuesta orilla, en dilatada pero no estrecha zona, según acusa la densidad de techos que en anfiteatro se descubren hacia dentro, sembrados de torrecillas y aun de molinos; destacando entre el azul celeste y el azul de mar; sobrepuesta á otra población inferior que semeja de pronto su reflejo, y es la franja de almacenes, oficinas y viviendas de pescadores que ciñen el basamento de la de arriba, velando en parte la natural aspereza del ribazo reforzada por sólidos estribos, y coronada de edificios y miradores; las dos desplegadas, no en línea recta, sino formando senos y recodos que dan variedad á la perspectiva, y rielando ambas, al desocuparse de barcos el andén, en el espejo de las aguas. No basta un cuadro, es menester un panorama para abarcar el sorprendente espectáculo, en que al través del colorido uniforme se distinguen los diversos barrios y su formación sucesiva: á la extremidad occidental San Fran-

(a) Si de la singular devoción á este santuario pretendiéramos deducir un origen inmemorial, pudiera ser esta la iglesia suburbana donde, según la relación de Severo, se custodiaban las reliquias de San Esteban, aunque harto distante de la cala así llamada. Véase la nota pág. 1194.

cisco, no incorporado al compacto caserío sino lentamente, andando dos ó tres centurias, cuando no revestía aún las pesadas formas que únicamente aligera un poco el agudo campanario, y por bajo de las mansiones, no las menos distinguidas, alineadas á continuación, cimbreándose las copas de la alameda, fantástico paseo nocturno para aspirar desde cierta altura las brisas veraniegas; en el centro, en el núcleo propiamente de Mahón, donde cubren en mayor número la pendiente ruinas y vestigios más ó menos completos de la demolida cerca por el lado del mar (a), preside el macizo cuadrilongo de Santa María, de cuyas cuatro paredes no destaca un estribo ni un remate, sino apenas una mezquina torre octógona rematada en cupulilla; á levante, ó en el ala derecha por decirlo así, el cuadrado cimborio del Carmen que al vasto convento quita su apariencia de cuartel, descollando sobre el novísimo ensanche, ya de época española, trazado con más regularidad que ninguno.

Forma el término natural de este ensanche, adonde sabe Dios si llegará un día en más prósperos tiempos, la saliente punta de Cala-Figuera, que aproximándose á la contrapuesta del norte, convierte casi el golfo en lago, cuya boca cierra á corta distancia la isla *del Rey*, flotante zócalo del magnífico hospital. Allí enfrente de Mahón avanzan sobre una isleta, unida á tierra por puente de madera, las construcciones del abandonado arsenal, y á lo largo de la costa hacia poniente los famosos asti-

(a) En la diminuta vista de Mahón que acompaña al mapa de Menorca levantado por el inglés Armstrong, aunque no publicado hasta 1794, obsérvanse de pie multitud de altas torres y ceñida de muralla la población entera, al paso que se echa de menos casi todo el caserío de abajo, bien que hay razones para sospechar que el plano del autor adolezca de las copiosas inexactitudes de su historia. Difícil se haría de creer por lo escarpado del borde que se abriera al norte *portal* alguno, si no hubiese mención del llamado *del Mirador* junto al cual estaba la cárcel, tal vez por otro nombre el *del Cap del Cos*, bien distinto del *Cos de Gracia*, y contiguo á la torre titulada de la Magdalena. El *portal del Mar*, sin duda el mismo del *Pont del Castell*, miraba á levante; y si había dos á poniente, el del *Monastir* ó *San Cristóbal* con el de *San Roque*, y otro á la parte del sur hacia la plaza de la *Arravaleta*, y cómo se llamaban un tiempo los tres, es más bien asunto de investigaciones locales. Véase lo dicho en la nota pág. 1274.

llos un tiempo tan activos, donde varan á menudo para su recomposición y limpia buques de gran porte, al pie de la atalaya que reproduce las señas de la Mola, hasta describir la gran curva que constituye el fondo ó cabecera de aquel interminable brazo de mar, metido en la isla como en el continente del antiguo mundo el Mediterráneo, cuyo puerto principal se reputa (a). Digno de él es la dársena en que termina, donde brotan dos abundantes caños para aguada de las embarcaciones, y siguen desparramadas verdes huertas y blancas casitas, dándose la mano á la vuelta con los andenes y con la alameda de San Francisco. Cuando el viajero se cansa de contemplar esta preciosa vista, que no es sino la última de las tres que por ambas riberas ha visto desfilas desde la entrada, vuélvase atrás para gozar de los objetos en que le impidió fijarse la impaciencia de llegar, y deliciosamente embarcado en un ligero esquife, recorra Hospital, Lazareto, los reductos de la Mola, las ruinas de San Felipe y aquella serie de calas y ensenadas, capaz cada una de ocultar una flota.

Cala Figuera al abrigo de su cabo, en cuyo testero humea, como vapor perennemente anclado, una gran fábrica de tejidos con sus galerías techadas de cristales, señala casi á la salida de Mahón el límite entre su término y el de Villa Carlos, que brotada naturalmente en calidad de arrabal ha acabado por emanciparse en definitiva. Nació de pronto al amparo del castillo de San Felipe algún caserío, sin escrúpulo de perjudicar al aislamiento de la fortificación, dentro de la cual proveyó el católico monarca fundador en 1582 á la erección de una capilla con treinta ducados anuales para culto de la guarnición y vecinos; y en 1625 ya fué menester dedicar al servicio del exterior suburbio otra capilla independiente con título de Santa Ana. En el

(a) Es imposible mentarlo sin citar, por trivial que sea, el dicho proverbial del competentsísimo Andrés Doria:

Junio, Julio y Puerto Mahón
los mejores puertos del Mediterráneo son.

postrer año del reinado de Carlos II, con ocasión de la lucha entre el alcaide Cepeda y el gobernador Ventimilla (a), mandóse demoler aquel padrastró: pero la orden no se cumplió, al menos no completamente, y mientras tremoló en el castillo el pendón borbónico, subsistió arrimada á los bastiones la excrescente vecindad, que con afectado ardor en abrazar una misma causa y en compartir la defensa para aprovecharse luego de la reacción y del saqueo á costa del opuesto bando, parece sin embargo haber contribuído no poco, al presentarse los ingleses en Setiembre de 1708, á abrirles entrada en la fortaleza. Levantóse un grito unánime de Mahón y de la isla entera por órgano del consejo general contra una polilla criada en fraudes y abusos y siempre dispuesta á nuevas perfidias, solicitando su destierro del país ó su dispersión por diversos lugares; y el arrabal llamado de San Felipe desapareció para levantarse de nuevo algo más cerca de Mahón entre dos calas á principios del año 1710, á cuyo efecto fueron llamadas dos mil personas de fuera, que mezcladas con las que ya había sin bienes ni industria, recelábase viviesen á expensas del suelo, tomándose lo que les faltaba. La universidad reclamó una vez y otra, temiéndolo todo de aquellos pobladores levantiscos, cuyos robos y atrocidades desde algún tiempo habían concluído con el sosiego público: pero el gobierno británico no desistió de establecer la nueva población que apellidó Villa-Jorge. Trazó las calles en línea recta y en rectángulo las esquinas, con una vastísima plaza en el centro rodeada de simétricos cuarteles; y después de terribles estragos á cada sitio y de vicisitudes á cada cambio de dominación, salvada del asolamiento del castillo que siguió en 1782 á la toma de los españoles, mudó de sér y de nombre tomando el de Carlos III, sin mudar apenas de fisonomía, excepto con la erección de la iglesia en parroquia y del lugar en ayuntamiento hacia 1790, que se instaló en el testero de la plaza.

(a) V. pág. 1230.

En esta situación ha corrido ya un siglo Villa Carlos, ora próspera, ora decaída, y aunque hoy que cuenta dos mil quinientos habitantes no es cuando se halla en mayor descenso, todavía les viene ancha más que Mahón á los suyos, y entristece como un páramo del desierto la herbosa plaza militar encuadrada por vacíos pabellones.

Asiéntase la villa sobre la misma ribera que la ciudad, pero más adelante hacia el promedio de la longitud del puerto, donde más se ensanchan sus bordes y surgen coronadas de edificios sus islas. Una hay á la izquierda sin destino, mas no sin nombre (a): la *del Rey* lo tiene de origen legendario desde que, precediendo en sueños una visión é invocado con general ayuno y oración creyente el auxilio de lo alto, hirió Alfonso III el suelo con la azada y proveyó de agua á su sedienta hueste (b). ¿Quién diera hoy poder descubrir ó vislumbrar siquiera el perfil de la enigmática construcción, sinagoga ó baño ó lo que fuese que cobijara el interesante mosaico encontrado en nuestros días, contemplándose en el mar tranquilo ya nueve centurias antes de la gloriosa reconquista? (c). Con mayor suntuosidad seguramente abriéronse en el islote las zanjás del espléndido hospital militar, levantado en 1722 por el almirante Jennings y engrandecido con obras posteriores, algunas en época española: danle aires de palacio la fachada y su pórtico y su torrecilla central y las dos alas que avanzan á los lados, y corresponde á la seriedad del aspecto la distribución y orden de las dependencias. Enfrente *Cala-Llonga* y más á la derecha la de *San Jorge*, detrás de la isla de la *Cuarentena* poblada de almacenes y habitaciones para empleados y pasajeros: toda aquella margen septentrional, ondulosa cadena de desnudos cerros que entre el puerto

(a) Llámase *Redonda* ó de *las Ratas*, y se asegura que en tiempo de los ingleses eran ajusticiados allí y enterrados los reos de muerte.

(b) Hállase extensamente la relación en la crónica de Carbonell, citada atrás pág. 1200.

(c) Refiérome á la nota de la pág. 1193 y á la alusión repetida en la 1278 de este mismo capítulo.

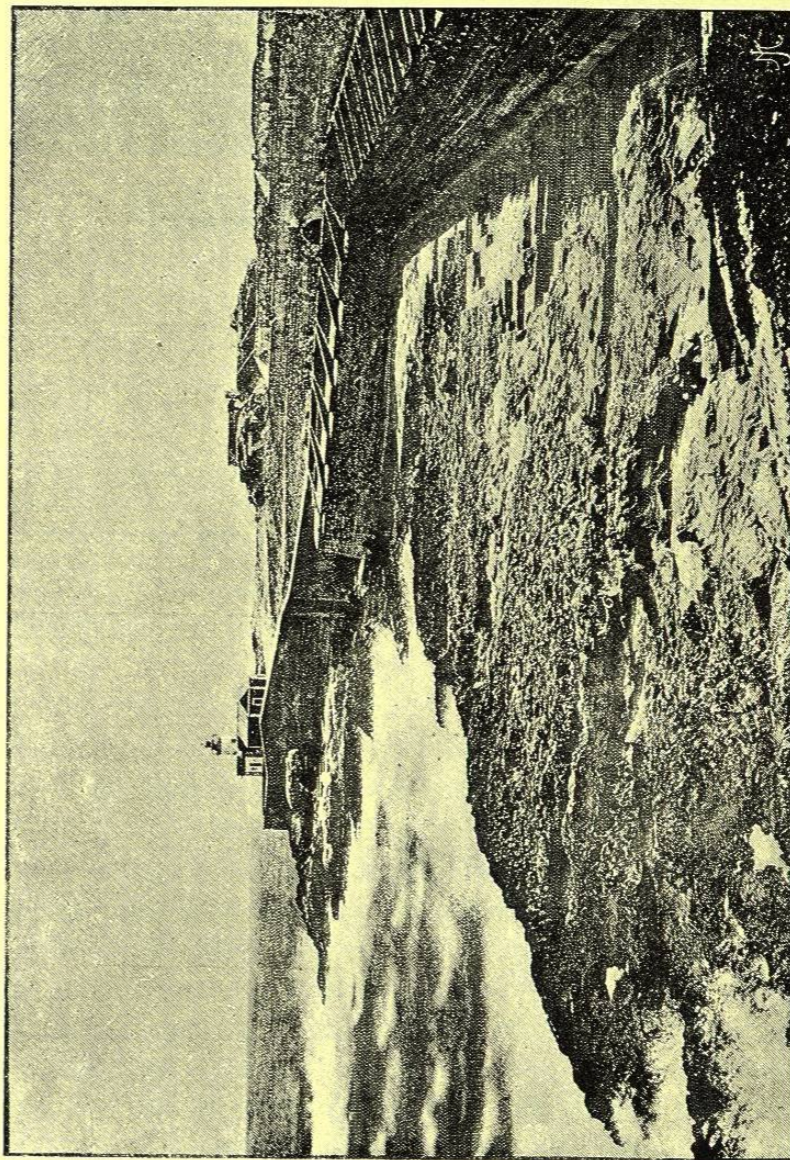
y el mar exterior se dilata, parece guardar los ecos del santo grito de los combates de que fué teatro, y quedan á los sitios los nombres de los venerados patronos, y á la alquería de San Antonio, dueña solitaria del terreno, el recuerdo de haber pertenecido á los reglars de la orden.

Próxima ya á la embocadura dicha lengua de tierra, doblégase estrechándola en dirección á mediodía, formando uno junto al otro dos istmos, como destinados expresamente á situar dos fundaciones colosales, el Lazareto y la Mola. Una alta cerca de mil quinientas varas cierra en cuadro el área del primero, adusta ciudadela, sombría y callada como la ciudad de Dite, que dividen otras tapias en cuatro compartimientos, presentando todos sus tribunas á la circular plazoleta, donde un templete ó capilla abierta en derredor permite juntarse las miradas de enfermos, sospechosos y sanos, asistentes al santo sacrificio. La incomunicación de las partes entre sí no exige menos que ocho puertas hacia el exterior, y la vigilancia cinco torres para dominar de una ojeada aquel dédalo de enfermerías, habitaciones, oficinas, almacenes, triste si vacío, y más triste si ocupado. Inmenso pararrayos de las epidemias que atrae para librar de ellas los demás puntos, incluso la ciudad vecina, tiene el Lazareto la gloria de ser obra de España con los materiales del derribado castillo de San Felipe, emprendida desde 1793 con actividad durante cinco años, reanudada en 1803 y hasta el 17 no concluída (a). Sepárala de la Cuarentena un trozo de mar á poniente, y á levante la *Cala-Taulera* del otro istmo mucho mayor de la Mola, que constituye propiamente el cabo y la actual defensa del puerto. En su extrema punta, á derecha de la entrada, brotó en el siglo pasado con otras baterías el fuerte Felipet, retoño plantado en frente del gran castillo, para comba-

(a) Dirigiéronla los ingenieros D. Manuel Pueyo en la primera temporada y D. Juan Antonio Casanova en la segunda: ascendió el coste á cinco millones y medio de reales.

tirlo en ocasiones dadas más que para apoyarlo: pero hasta mediados del presente, en 1852, con el intermedio de setenta años, no se echaron los cimientos de la imponente fortaleza que había de reemplazar á la primera, cambiando de puesto y de orilla. Nada allí, como en San Felipe, de formidables muros, de anchos fosos, de baluartes trazados en figura de estrella, de cortinas, medias lunas, rebellines, y demás aparato de los anteriores sistemas; nada aparece casi á flor de tierra, y por poco no hay que preguntar á la llegada dónde está la mole visible en que tanta piedra y tantos caudales se han sepultado. El que no curando de observación atenta, vive no más de impresiones, no ve allí sino un inmenso conjunto de minas y casamatas, prontas siempre á estallar debajo de los pies y hacer retremblar con mortífera explosión el cavernoso suelo.

Menos aún se detendrá, saltando al opuesto lado de la boca, en seguir paso á paso los vestigios del precedente guardador, que pasó por tan violentos asaltos y por tan heroicas resistencias en la postrera centuria, y murió á manos de la nación misma que le había dado el sér, para que con el amparo de él no se hicieran fuertes otra vez los extranjeros detentadores de Mahón y de su puerto. Sería preciso rehacer sobre la historia militar de los sitios de San Felipe el conjunto de sus dispersas ruinas, desoladas las de este género más que las de otro alguno: uno que otro reducto, una que otra batería baja con sus troneras, ciñe todavía las eriales rocas, con el moderno faro de San Carlos en el fondo. Hay que rodearlo á la salida, hay que saludar la cala histórica de San Esteban á la cual extendieron sus fortificaciones los ingleses, hay que costear las riberas de Beni-Saida y Alcalfá, y dejar á la izquierda aquella plana isla del Ayre, vanguardia que guía los buques á su incomparable asilo; y esta rápida ojeada á la costa meridional del término de Mahón completa el grato paseo interior dado por los apacibles lugares y sencillas iglesias sufragáneas de San Luís y de San Clemente, esta por línea recta descendiente de la capilla de



ISLAS BALEARES

MAHÓN.—RESTOS DEL CASTILLO DE SAN FELIPE